



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Para pensar el Quinto Centenario

Autor: Medina, José Ramón

Forma sugerida de citar: Medina, J. R. (1992). Para pensar el Quinto Centenario. *Cuadernos Americanos*, 1(31), 136-140.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 31, (enero-febrero de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PARA PENSAR EL QUINTO CENTENARIO

Por José Ramón MEDINA
ESCRITOR VENEZOLANO

“SOMOS Y NO SOMOS”, escribía en los años sesenta de nuestro siglo el ensayista cubano Edmundo Desnoes, refiriéndose a las condiciones peculiares de lo que se ha llamado “subdesarrollo” o “Tercer Mundo”. En ese “somos y no somos” pareciera resonar algo escrito nada menos que ciento cincuenta años antes: “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”; tal es la formulación del “somos y no somos” en la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar. Valgan estos ejemplos extremos para señalar, de entrada, por encima de los tiempos y las ideologías, un tema o, mejor, una preocupación raigal del pensamiento latinoamericano de todos los tiempos. Somos, pues, y no somos.

Esta peculiaridad casi hamletiana de ser y no ser simultáneamente ¿de dónde surge? Pensamos que, fundamentalmente, del hecho de haber sido, casi desde antes del Descubrimiento mismo, el soporte de los sueños de otros. Porque a nosotros, los latinoamericanos, nos soñaron todos: fuimos el depósito de esperanzas, miedos, ilusiones, mezquindades, odios, terrores, anhelos, fantasías de Europa. Fuimos las Antípodas, el reino del revés, un territorio inhabitable, de fuegos perpetuos, y también una zona de mil asmas y enfermedades terribles. Y al mismo tiempo fuimos la tierra de la eterna primavera, región deliciosísima donde todo florecía y era sano y suave. Fuimos la “tierra de gracia” con que bautizó Colón aquella exuberante zona tropical que encontró al poner pie por primera vez en lugar continental. Andábamos de cabeza o la teníamos clavada en medio del pecho. Éramos caníbales de cara de perro. Ni siquiera descendíamos de Adán y quizás no teníamos alma. Pero también fuimos el buen salvaje, el hombre inocente y sin mácula, que vivía en armonía con la naturaleza. Fuimos la Atlántida, la bíblica Ofir, el lugar donde situar la ciudad perfecta y donde existía

la Fuente de la Eterna Juventud, El Dorado, el peligroso reino de las implacables amazonas. Fuimos... o, más bien, ¿qué no fuimos?

Si detallamos todos esos sueños que nos echaron encima, a lo largo de siglos, nos reconoceremos ante la mirada ajena como una especie de pantalla en blanco sobre la que se proyectaran numerosas películas al mismo tiempo, de imágenes contradictorias que, al cabo, hicieran irreconocible el argumento de cualquiera de ellas. Se entenderá, desde luego, la perplejidad del criollo Bolívar, del tercermundista Desnoes, nuestra sostenida perplejidad de latinoamericanos, como espectadores de todas esas visiones que, nos han dicho, eran nuestras y, más, éramos nosotros. Claro que, más abajo de tantas diferentes películas, estábamos y seguimos estando: las asperezas, las rugosidades, las grietas, las resistencias de esa pantalla fuimos y somos. ¿Y seguimos siendo?

Y no se crea que lo fantástico que nos recubría era el fruto de alejadas cabezas que nos pensaban en gabinetes europeos, en aisladas celdas de conventos, en universidades de Salamanca o París o Lovaina, sin conocernos, sin habernos visto, sin haber estado entre nosotros. Colón, el primero, el Descubridor, ve efectivas sirenas en el mar Caribe, aunque se queje —admitámoslo— de que no eran tan bellas como se decía. Bernal Díaz del Castillo, el soldado-cronista, en medio de las tan reales fatigas de apoderarse de México Tenochtitlán, encuentra que lo que estaba viviendo tan cerca se ‘parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís’. Y nada menos que Hernán Cortés se expresa en el más puro estilo de la literatura caballerescas cuando escribe en una carta, explicando las hazañas por las que le tildaban de loco sus propios compañeros, que ‘por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en éste conseguimos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó’. Como un nuevo Amadís o Galahad o Lancelote, Cortés andaba buscando gloria en el cielo, prez y honra en la tierra.

Fuimos la locura, la pasión de España, un escenario inmenso para desplegar sus sueños.

Y hasta lo que cabe considerar como la primera tentativa independentista de América, tan audazmente reinterpretada por el venezolano Miguel Otero Silva en su novela sobre Lope de Aguirre, al que caracteriza como ‘príncipe de la libertad’, se expresa en actitud y lenguaje alucinados. Seguramente, no podía ser de otra manera.

A los sueños ajenos, a los sueños que nos ocultaban, deformaban, enajenaban, se han opuesto entonces otros sueños, más nuestros, como el de Lope de Aguirre, enteramente nuestros como los de los fundadores de lo que somos: esos que empezaron a soñar una América independiente y unida, una América continental. Porque la continentalidad de América fue, quizás, nuestro primero y último gran sueño: no fue continental la América precolombina ni tampoco la colonial. Lo fue, sin embargo, en quienes soñaron, planearon y actuaron en términos continentales: Francisco de Miranda, Simón Bolívar, San Martín, O'Higgins, José Martí, al igual que Bello, Simón Rodríguez y otros tantos espíritus esclarecidos. De ese sueño "militante" nos nutrimos aún. Con ese sueño todavía vivo y vigente llegamos ante la celebración —compleja, polémica, pasional— del Quinto Centenario del Descubrimiento. O del encuentro de dos mundos o de la aproximación o entronque de dos culturas.

Uno de los mayores ensayistas venezolanos, don Mariano Picón Salas, dedicó muchas y magníficas páginas al tema de Europa y América, a sus relaciones reales e ideales. Creemos que es éste un buen momento para resumir y reasumir su pensamiento al respecto. Escribió, entre tantas otras cosas, don Mariano:

la cultura de Europa y la Naturaleza de América se desean como en un vasto sueño de humanización total. Quizá Europa y América, sentidas como mitos o símbolos, encierran un doble anhelo del hombre, cuya integración y síntesis constituye un ideal histórico. Mientras que Europa es para nosotros el mundo de la Cultura ..., Europa mira en América la Naturaleza y el espacio de un mundo joven.

Pese a los rabiosos autoctonistas, nuestros códigos de conducta, nuestra tabla de valores morales y estéticos no se fundaron en las selvas de América sino entre los letrados, los filósofos, los humanistas europeos. Continente creador de formas ..., sería absurdo no pedirle a la cultura europea —en nombre de nuestros excluyentes númenes americanos— ese aprendizaje que ella pueda comunicarnos. Y los mejores hombres de América, de las dos o tres Américas, ya se llamen variadamente Bolívar, Jefferson, Miranda, Andrés Bello, José Martí o Rubén Darío, descubren a través del universalismo europeo su propio destino nacional o continental ... La discordia de América en el tiempo de Bolívar —y ha seguido siendo a través de nuestra historia— no era contra la de los Borbones y la Santa Alianza. Hombres como Jefferson y Bolívar más bien aspiraban a que América realizara, antes que las propias naciones de Europa, aquella esperanza de plena libertad humana tan viva en el

pensamiento europeo. Por eso, nunca rigió para mí esa antítesis que pretende oponer una inspiración americana que ha de soplarnos en horas de trance o de sueño, a la tradición cultural que nos viene de Europa. Quizá el secreto —como ya lo entrevió un educador de la grandeza de Andrés Bello— sea utilizar esos métodos, formas y experiencias que recibimos de las culturas más viejas, para definir lo intrínseco de nosotros.

Sería un grave error confundir esta insistencia en la importancia de Europa con cualquier tipo de subordinación, complejo de inferioridad o evasiónismo. Al contrario, Picón Salas piensa en términos latinoamericanos y en función de Latinoamérica. Su actitud es casi de "saqueo" frente a la riqueza cultural de Europa: busquemos lo que nos pueda servir, lo que nos nutra e interese, y apropiémonos de ello con toda libertad. Europa es para él una especie de atajo para que lleguemos a ser nosotros mismos. No hay en él ningún servilismo, ningún espíritu de imitación. No en balde fue un gran admirador de Simón Rodríguez, quien enarbolaba el lema de "o inventamos o erramos" con energía casi furiosa. Y así escribía don Mariano: "No por lo que Europa ha sido, sino por lo que América quiere ser, es como debe juzgársenos". Así como, ante el auge de los totalitarismos en Europa en los años treinta, reprochaba al Viejo Mundo el abandono de sus propios ideales y de lo que llamaba el cansancio de ser cultos, recordando que la "Cultura no es poder, sino convivencia".

Los sueños de nuestros grandes soñadores —de Bolívar a Martí— respondieron, pues, al barullo de sueños ajenos, con una versión nuestra de lo que éramos y deberíamos ser, basándose sin embargo en elementos europeos vueltos a pensar, asimilados y renovados.

Pero, hoy, el problema no estriba tanto en rechazar la mirada del otro, las visiones del otro, las proyecciones del otro sobre lo que somos, sino más bien en el debilitamiento del acto mismo de mirarnos. ¿La Europa que parece hacerse cada vez más sí misma, armoniosa y unida, ciertamente continental, no da la espalda en la misma medida al que llamó Nuevo Mundo? ¿La España que se europeiza con justificado entusiasmo, no corre el riesgo de desinteresarse simétricamente en el que fuera el escenario de sus apasionados sueños? ¿Esa concepción grandiosa de una Europa y una América complementarias como mitos o símbolos ha dejado de tener sentido?

O, lo que sería casi lo mismo: ¿la fastuosa celebración del Quinto Centenario es un punto de llegada, un cierre, una clausura, en vez de ser un punto de partida, una apertura, un nuevo comienzo?

En 1792, al conmemorarse el Tercer Centenario del Descubrimiento, Juan Bautista Vizcardo y Guzmán escribió su famosa *Carta de los españoles americanos*, reivindicando para el continente libertad política y económica, soberanía popular, libertad individual. Exclamaba que “se nos ha cerrado como a una ciudad sitiada”.

En un mundo cada vez más abierto, ¿no se nos estará cerrando una vez más “como a una ciudad sitiada”, entre muros de desinterés, indiferencia, egoísmo? ¿No se nos empieza a ver exclusivamente como “deudores”? ¿Es ésta la nueva mirada del otro, la nueva proyección o visión, el nuevo —y particularmente miserable— sueño que nos recubre?

¿Habrá que volver a escribir, a los 500 años, otra *Carta de los españoles americanos*?